

FIDEL CASTRO

LORIS ZANATTA

# FIDEL CASTRO

El último «rey católico»



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Fidel Castro. L'ultimo «re cattolico»*

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Jordi Sàbat y Juan Pablo Cambariere

Primera edición: junio de 2021

© 2019 Salerno Editrice S.r.l., Roma

© de la traducción Diego Bigongiari, 2020

© de la presente edición: Edhasa, 2021

Diputación, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Avda. Córdoba 744, 2º piso, unidad C

C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires

Tel. (11) 43 933 432

Argentina

E-mail: [info@edhasa.com.ar](mailto:info@edhasa.com.ar)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-2756-4

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 8807-2021

Impreso en España

# Índice

Introducción .....	19
I. El español .....	25
1. El hijo.....	25
2. Oriente.....	26
3. Escuela y Dolores.....	27
4. Jesuita.....	28
5. Guerra y muerte .....	29
6. <i>Yankee</i> no.....	30
7. <i>Politiquería</i> .....	31
8. Universidad .....	32
9. Grau .....	33
10. Cayo Confites.....	34
11. Comunistas y ortodoxos .....	35
13. Bogotá.....	37
14. Prío.....	39
15. Batista.....	40
16. Causa y familia .....	41
17. Subversión .....	42
18. Chibás .....	43
19. ¿Colonia?.....	44
20. Golpe .....	45
II. El revolucionario .....	51
1. Doble vía.....	51
2. El fin de la juventud.....	52
3. Voluntad.....	53
4. Armas y política.....	54
5. Moncada.....	55

6. El obispo .....	57
7. La historia me absolverá.....	58
8. Equívocos .....	61
9. Isla de Pinos.....	62
10. El honor de Mirta .....	63
11. Enemigos por la piel .....	64
12. Amnistía .....	64
13. México .....	66
14. Dinero .....	67
15. Patria .....	68
16. Canossa, Texas .....	69
17. <i>Granma</i> .....	71
18. San Matthews .....	71
19. <i>Drôle de guerre</i> .....	72
20. Mito y realidad .....	73
21. Celia.....	75
22. Guerra santa .....	76
23. Fidelito .....	77
24. Gato y ratón .....	77
25. Dos guerras.....	79
23. Religión busca iglesia .....	81
27. Huelga.....	82
28. Gorros de piel en el Trópico.....	84
29. <i>Dominus</i> .....	84
30. Jaque mate.....	86
31. Cuba, 1958.....	88
32. Colapso .....	90
III. El redentor .....	97
1. Procesión .....	97
2. Milagros .....	98
3. Gobierno y poder .....	99
4. Constitución.....	100
5. Justicia y venganza .....	101
6. Se busca enemigo.....	102
7. Venezuela.....	103
8. Cuarenta y cinco días.....	104

9. Iglesia .....	105
10. Enemigos, enemigos, enemigos.....	106
11. Economía .....	107
12. Nixon .....	108
13. Tercera posición .....	109
14. Sudamérica .....	109
15. Reforma agraria .....	110
16. ¡Orden!.....	112
17. Urrutia.....	112
19. El ejército de la fe .....	113
20. Matos .....	114
21. Camilo .....	115
22. Sanciones.....	116
23. CTC.....	116
24. La Virgen.....	117
25. Biblia .....	118
26. Soviéticos.....	119
27. Coubre .....	120
28. Guerra civil.....	121
29. Prensa.....	121
31. Revolución permanente .....	124
32. La OEA y la ONU .....	125
33. Ojos por doquier .....	126
34. Racismo.....	127
35. Iglesia en la cruz.....	127
36. Escambray .....	129
37. Diletante.....	130
38. Santurrón .....	131
39. El Estado totalitario .....	132
40. Escuelas .....	132
41. Trabajo.....	134
42. Seguridad.....	135
43. Cultura .....	136
44. Familia.....	136
45. Alfabetizar .....	137
46. Culto .....	138

47. Exiliados.....	139
48. Viva la guerra.....	139
49. Girón.....	141
50. El plan de Dios.....	142
51. Terror.....	143
52. El partido.....	144
53. Tres P.....	144
54. Casa, quizá casa.....	146
55. Súbditos.....	147
56. Desarrollo.....	147
57. Vengar a Girón.....	149
58. Libreta.....	149
59. Marxista.....	150
60. Recesión.....	151
61. Muera Sansón.....	153
62. Mandarines.....	154
63. Contraorden.....	154
64. Misiles.....	155
65. Coexistencia pacífica.....	156
66. Octubre.....	156
IV. El sacerdote.....	165
1. Juntar los pedazos.....	165
2. Cabeza caliente.....	166
3. Depurar.....	168
4. Reforma de la reforma.....	168
5. <i>Never ending story</i> .....	169
6. Argel.....	170
7. Concilio.....	170
8. Moscú en primavera.....	171
9. Doctores.....	172
10. Psiquiatría negra.....	173
11. Dallas, 1963.....	174
12. A las armas.....	175
13. Flora.....	176
14. Dalia y Celia.....	176
15. Cuartel.....	177

16. Intelectuales .....	178
17. Negros a medias .....	178
18. Mujeres .....	179
19. Catequismo .....	180
20. Marxismo .....	181
21. Iglesia y partido .....	181
22. La historia terminará .....	182
23. Diez millones .....	183
24. Bovinos .....	184
25. Fe y riqueza .....	185
26. Casa, hazlo tú mismo .....	186
27. Administrar .....	186
28. Medallas .....	187
29. Pirámide.....	188
30. Libertad.....	188
33. El año de la economía .....	189
32. Planes especiales .....	190
33. Mi tierra.....	191
34. Johnson.....	192
35. Quien siembra vientos.....	193
36. Las UMAP .....	193
37. El oficio más antiguo .....	194
38. Rey campesino .....	195
39. Fabricar técnicos.....	196
40. Vivir en Cuba.....	196
41. Embargo o bloqueo .....	197
42. El Che.....	197
43. África oscura.....	199
44. Brézhnev .....	199
45. Santo Domingo.....	200
46. <i>Escalation</i> .....	201
47. Fideísmo.....	202
48. Escuelas en el campo .....	203
49. Quién se va, quién se queda.....	203
50. Tricontinental.....	204
51. Intriga china.....	205



52. Visiones.....	206
53. Olas.....	207
54. Vietnam .....	208
55. Consenso.....	208
56. Megáfono.....	209
57. Comunismo .....	209
58. Bolivia.....	210
59. Mito.....	211
60. Temporal.....	212
61. Sesenta y ocho .....	213
62. Microfracción.....	213
63. Ofensiva revolucionaria .....	214
64. El Hombre Nuevo.....	216
65. Praga .....	217
66. Zhdánov en Cuba.....	217
68. Sí <i>nuke</i> .....	219
69. Ciencia y progreso.....	219
70. Agua.....	220
71. Vuelos pindáricos .....	221
72. Hijo pródigo .....	222
73. Perú.....	222
74. Chile.....	223
75. Zafra .....	224
V. El guerrero .....	233
1. Liturgia de la palabra.....	233
2. Cardenal.....	235
3. Caballo.....	236
4. Libertad vigilada.....	237
5. Trabajar cansa .....	238
6. Nixon/2 .....	239
7. Luna y miel .....	240
8. Gattopardo.....	241
9. Niña bonita.....	241
10. Espiar .....	242
11. Desviacionismo .....	243
12. Cuba de aquí, Cuba de allá.....	245

13. Jerarquía.....	245
14. La buena escuela.....	246
15. Allende.....	248
16. <i>Cum grano salis</i> .....	249
17. Rey de América.....	250
18. Fuerzas armadas.....	251
10. Casa todavía casa.....	252
20. Pobres e iguales.....	253
21. Vivir en Cuba.....	254
22. El beso de Judas.....	255
23. Fascismo.....	257
24. De Cuba al mundo.....	257
25. Compañeros.....	258
26. La nueva economía.....	259
27. Estado y partido.....	260
28. El oro por la patria.....	261
29. La moneda.....	261
30. No alineado.....	262
31. Ecologista por casualidad.....	263
32. Gotas de mercado.....	264
33. La historia soy yo.....	265
34. Potencia médica.....	266
35. Ilusiones perdidas.....	266
36. Dime con quién andas.....	267
37. Kissinger.....	268
38. <i>Europa Felix</i> .....	269
39. Angola.....	270
40. Por gracia recibida.....	271
41. Revolución en la revolución.....	272
42. Congreso y Constitución.....	273
43. Droga y dinero.....	274
44. En la cumbre.....	275
45. Guerra verdadera.....	276
46. Viento contrario.....	277
47. Vietnam, África.....	278
48. El Cuerno de África.....	279

49. Internacionalistas.....	280
50. ¿Disenso?.....	281
51. Terror contra .....	282
52. Poder popular.....	283
53. Carter.....	283
54. Napoleón en Luanda .....	284
55. Hielo y deshielo.....	286
56. Llegará un día.....	287
57. <i>Ex cathedra</i> .....	288
58. Escaramuzas .....	289
59. Turistas por casualidad.....	290
60. Sandinistas .....	290
61. Des-alineado .....	292
VI. El mantenido .....	301
1. Pulpito .....	301
2. Mariel .....	302
3. Exiliados de por vida .....	303
4. Maldita Kabul .....	305
5. Atardeceres africanos .....	305
6. <i>Go west</i> .....	306
7. Contra Carter.....	307
8. Istmo.....	308
9. Vida aparte.....	309
10. Grietas.....	310
11. Pozo sin fondo.....	311
12. Economía drogada.....	312
13. Un pueblo sano .....	313
14. Un pueblo instruido .....	315
15. Un pueblo culto .....	317
16. Un pueblo de oro .....	318
17. MC.....	319
18. Chernóbil.....	320
19. Un pueblo disciplinado .....	321
20. Un pueblo puro.....	322
21. Retorno al futuro.....	323
22. <i>Apartheid</i> .....	325

23. Reagan .....	327
24. Adiós Istmo .....	328
25. Granada .....	329
26. Democracia burguesa .....	330
27. Deuda .....	331
28. Azúcar .....	334
29. Morir o escapar .....	335
30. Apocalipsis .....	335
31. Sida .....	337
32. Cárceles .....	338
33. Cangamba .....	339
34. Des-iguales .....	340
35. Caballo de regreso .....	341
36. Rectificar la rectificación .....	343
37. Fe .....	344
38. Gorbachov .....	345
39. Reagan bis .....	347
40. <i>Si vis pacem</i> .....	347
41. Cuito Cuanavale .....	348
42. Dólares .....	350
43. Está loco .....	351
44. Paredón .....	352
VII. El superviviente .....	359
1. Optimismo .....	359
2. <i>Vade retro</i> .....	360
3. Independencia .....	361
4. Sin muro .....	362
5. Extranjeros .....	364
6. Derrotado pero feliz .....	365
7. Derrotas .....	366
8. Niños útiles .....	368
9. Salud enferma .....	369
10. Monarca absoluto .....	370
11. Panlatino de regreso .....	371
12. <i>Washington consensus</i> .....	373
13. Período especial .....	374

14. Plan alimentario .....	375
15. Hambre.....	378
16. A la escuela.....	380
17. La casa de los sueños.....	381
18. Viva China .....	382
19. ¡Y viva el papa!.....	382
20. <i>Semper idem</i> .....	383
21. Enfermo imaginario .....	385
22. Antisocial, ¿quién?.....	386
23. Excusas.....	387
24. Fuera de aquí.....	389
25. Burdel .....	390
26. Pecar, expiar .....	391
27. Ciencia.....	393
28. Peligro salvado.....	394
29. Cómo será.....	395
30. Clinton .....	397
31. Bancarrota.....	398
32. Quinto Congreso .....	400
33. Chávez .....	401
VIII. El profeta.....	407
1. Maduro .....	407
2. Resaca .....	408
3. El papa en Cuba.....	409
4. Rescate .....	410
5. Aislado no estaré.....	411
6. Estudiar cansa .....	412
7. Salud precaria.....	414
8. Nonatos .....	416
9. Identidad.....	417
10. Nadie se vuelve chino .....	418
11. La casta .....	419
12. Misioneros .....	419
13. Elián.....	420
14. Cosas jamás vistas.....	422
15. Rey y papa.....	423

16. Id y convertid.....	424
17. Transición.....	425
18. Venganza.....	425
19. Olimpíadas en Cuba.....	426
20. George W. Bush.....	427
21. Terrorismo.....	428
22. Primavera negra.....	429
23. Periodismo a la carta.....	432
24. Batalla de ideas.....	432
25. ¿Está lúcido?.....	434
26. Clima de infierno.....	435
27. Los mejores apóstoles.....	436
28. Orden cristiano.....	436
29. Trabajo ficticio.....	437
30. Ola rosada.....	438
31. Cultísimos.....	439
32. Sobre los espejos.....	440
33. Profeta por casualidad.....	440
34. Enemigo amigo.....	442
35. Papá Noel.....	443
36. El ALBA.....	443
37. Y sin embargo se muere.....	445
38. Perlas de la corona.....	446
39. Comunidad orgánica.....	447
40. Varones, blancos, hispánicos.....	448
41. Verdad.....	449
42. Penas y gloria.....	450
43. Virtud.....	451
44. Viva la pobreza.....	453
45. Dios.....	454
46. Inquisición.....	455
47. Reflexiones.....	456
48. Tras bambalinas.....	458
49. Resaca/2.....	458
50. Perro que ladra.....	460
51. Eternidad.....	461

52. La política es religión.....	462
53. Santo enseguida.....	463
54. La vida continúa.....	464
Conclusiones.....	473
Notas .....	480
Siglas y abreviaturas.....	481
Bibliografía.....	485
Fuentes .....	485
Índice onomástico .....	499

## Introducción

Fidel Castro quedará en la historia: no hay duda. Porque a su manera fue un personaje titánico. En el sentido que la impronta que deja es más profunda que aquella que permitía presagiar el lugar y la época en que vivió. Quedará en la historia, entonces, porque trasciende al tiempo y al espacio en que le tocó vivir. Es aquello que caracteriza a los Grandes, cualquiera que sea el juicio. De ahí el enorme desafío de escribir la biografía: no se trata sólo de recorrer su larga y densa vida, sino de afrontar a través de ella los grandes nudos de la historia contemporánea, sin excluir ninguno. El emprendimiento hace temblar el pulso, pero para un historiador es fascinante.

Como si esto no bastara para tornar arduo el camino, otras dificultades lo obstaculizan. Dos, entre todas. La primera es que Castro no se limitó a vivirla, su vida; la narró infinitas veces de mil modos: discursos, memorias, entrevistas, libros. Vivió la historia y vivió para la historia: fue por lo tanto el primer historiador de sí mismo. Y tan asiduo y persuasivo fue en dicha obra que todas las biografías terminan de una manera u otra por morder su anzuelo, por reproducir la imagen de sí que él creó. Como Ulises con el canto de las Sirenas, intentaré por lo tanto resistir; no olvidaré que es el objeto de mi estudio, no el ventrílocuo que habla a través de mí: cada uno en su lugar, a la debida distancia.

La segunda dificultad está en las fuentes: la materia prima del historiador. Parecen muchas, casi infinitas: bibliotecas enteras. Pero en realidad son pocas y a menudo, poco confiables. A través de los años se han acumulado fuentes diplomáticas, memorias, correspondencias, estudios de todo género. En apariencia no falta nada. Salvo la cosa más importante: el acceso a las fuentes cubanas, a las cartas de Fidel Castro, un tabú. Sólo de vez en cuando, cuando el gobierno cubano tiene motivos para confiar en el investigador y para creer que sus escritos lo pondrán en buena luz,



sale algún documento de las salas secretas. Esto hace que el biógrafo de Castro se vea forzado a componer un inmenso puzle uniendo infinitas piezas de materiales varios. El riesgo y la tentación es la de colmar los vacíos recurriendo a quien ya dijo y explicó todo: Castro. No es una casualidad. De hecho, su imponente mole de palabras será la principal fuente de esta biografía: es justo y no hay modo de evitarlo.

Para complicar más las cosas hay un último elemento: pocos personajes como Castro y pocos eventos como la Revolución cubana han creado y crean divisiones. Esto significa que cada singular evento de su vida fue objeto de luchas furibundas y que existan múltiples versiones de cada uno, por lo general contrapuestas. La vida de Castro, en breve, es un campo de batalla. Mejor por lo tanto ser claros: esta biografía no pretende desatar los muchos nudos irresueltos, o revelar secretos capaces de dirimir antiguas disputas. Un poco porque sería arbitrario, ya que faltan las fuentes para hacerlo, pero sobre todo porque no es lo que se ambiciona. Quien sueña *scoop*, no los encontrará aquí.

Y ya que se trata de ambiciones, hay otra a la cual renuncio gustoso: la objetividad, o la presunción de tal cosa. No porque no le tenga respeto y no intente cultivarla: mi empeño en tal sentido será riguroso, sino porque por objetividad a menudo se entendió, en los escritos sobre Castro, un farisaico equilibrio entre lo que hizo de bueno y lo que hizo de malo, con dosis diferentes según los casos. Es un método que no me interesa. Lo que me interesa es comprender al personaje y su impronta en el conjunto: en suma, la naturaleza histórica del fenómeno. Será luego el lector, en base a sus gustos, valores y creencias, quien separará, si lo considera necesario, bien y mal, justo y equivocado. Más que de objetividad, es cuestión de honestidad intelectual. A tal fin, no tengo dificultad en advertir al lector que no amo a la figura de Castro y que la amo aún menos tras haberle dedicado años de estudio. Pero atención: todo argumento es un espejismo y sé que si muchos encuentran en esta biografía óptimos motivos para serle hostiles, otros los hallarán para atizar la admiración. Al hacerlo, espero, ambos se verán forzados a considerar aspectos que antes no habían considerado respecto a lo que él representó. Este es, al menos, el auspicio.

¿Pero para qué sirve una nueva biografía de Fidel Castro que no revela aspectos secretos?, alguien se preguntará en este punto. ¡Hay ya tantas! La respuesta está en el título: el último rey católico. No es una fórmula efec-

tista para sorprender o entrapar, ni un anuncio comercial para vender: es la clave de lectura del libro, una clave de la cual garantizo la originalidad, si bien de ella existan fragmentos dispersos en muchos escritos anteriores. Sé que muchos torcerán la nariz. Ya veo castristas enfurecidos: ¿cómo acoplar el icono marxista-leninista a la herencia hispánica y católica? Y también anticastristas: hemos combatido toda la vida el comunismo de Castro y hételo ahora transfigurado en un monarca católico. No es serio.

Quisiera tranquilizar a ambos: Castro fue un comunista, un marxista-leninista. Él se definió así y no hay motivo para cambiarle la identidad que eligió. Pero el historiador no se limita a referir la historia como la cuentan sus protagonistas: sería un cronista. Frente a una figura tan imponente que impuso a todos un movimiento de simpatía o rechazo, no puede sino preguntarse por qué. Si una figura histórica asume tales connotaciones es porque encarna, a menudo idealizado, un ideal universal con el cual muchos se identifican y que muchos otros desprecian. Se dirá que en Castro tal ideal es precisamente el comunismo. Pero ¿qué comunismo? ¿De qué materiales intelectuales y espirituales está hecho el comunismo de un hombre que creció inmerso en un mundo plasmado por la catolicidad hispánica? ¿Qué visión del mundo tendrá, qué sistema de valores, cuál será el horizonte al que aspira?

La historia no se repite nunca igual a sí misma, pero tampoco es jamás del todo nueva: se hace con los ingredientes que deja en dote el pasado. ¿Por qué maravillarse de que el comunismo de Castro, su universo moral y su sistema social estén embebidos de aquel antiguo legado? No es extraño que el monarca comunista del siglo xx sea heredero ideal de los monarcas católicos del pasado: creció en una isla que fue España durante siglos, en un ambiente familiar y social hispánico y católico. Tampoco lo es su reacción despreciativa a la difusión, en Cuba y en América Latina, de los valores y las prácticas del liberalismo anglosajón y protestante: el nacionalismo católico, antiliberal y anticapitalista es un trazo común de la entera tradición populista latinoamericana, en la cual Fidel se inscribe a pleno título.

Cierto: Fidel injertó tal herencia en el tronco del nacionalismo cubano de José Martí y tradujo sus principios adaptándolos a la doctrina marxista, doctrina que en una óptica cristiana resultaba natural entender como la parábola del pueblo elegido, redimido del pecado siguiendo al Mesías que lo conducía a la salvación. Pero los pilares éticos y materiales del antiliberal-

ralismo castrista son los de la cristiandad hispánica. El primero es la fusión entre política y religión: tarea del Estado, para Fidel Castro, es convertir a los ciudadanos a la única verdadera fe, a la ideología del régimen, a través de una catequesis capilar; el Estado es el primer apóstol. El segundo pilar es la impermeabilidad al pluralismo: nación y pueblo son para él organismos vivientes, cuyo estado natural es la unanimidad y la armonía; incluyen a todos y a todos asignan funciones, pero el disenso y el conflicto son patologías que los minan: por lo tanto hay que extirparlos. El tercer pilar es el corporativismo: la sociedad castrista, como aquella cristiana de la colonia, está formada por cuerpos, las organizaciones de masas en las cuales está encuadrado cada cubano; el individuo sólo tiene los derechos que le confiere la pertenencia a un cuerpo, de otro modo queda excluido. Es un orden social donde el individuo está sometido a la colectividad sobre la cual vela la Iglesia, o sea el partido, garante de la ortodoxia y la unidad de la fe. Y sobre ello el rey, Castro, investido de los poderes temporales y espirituales. Pero es inútil colocar el carro delante de los bueyes: esta propuesta tomará forma página tras página. El lector podrá hacerle caso si la considera adecuada, o bien podrá pasarla por alto y leer el libro por lo que es: la historia de una vida fuera de lo común.

Para terminar, aclaro algunas elecciones. La primera es la de privilegiar el Castro público sobre el privado. No pretendo negar relevancia a la vida familiar, que trataré en la medida en que servirá para comprender algunos nódulos de su vida y de su psique. Pero además de haber sido narrada muchas veces, para él fue secundaria respecto a la misión histórica de la que se consideraba investido. La segunda es tratar en modo equilibrado las diferentes fases de la vida de Castro. No es tan sencillo, ya que sobre la revolución y sobre la primera fase del castrismo existe una literatura inagotable. Y ya que aquellos eventos han alimentado el mito de Castro, los biógrafos han tendido a sobredimensionarlos respecto al resto. El panorama general lo sufrió y el conjunto fue distorsionado: en el fondo, la guerrilla en la Sierra Maestra duró apenas dos años contra los cuarenta y nueve en los que Castro gobernó Cuba. A cada cosa su justo peso, tal será la regla. Hay luego una cuestión de método: dado que no hay pasaje de la historia personal, cubana y mundial sobre la que Castro no haya dado su versión, será mi tarea evaluarla a la luz del tiempo transcurrido y de los hechos conocidos. Palabras y hechos: esta será la brújula que, en lo posible, utilizaré. Una

advertencia: en el texto me referiré a Castro con su nombre de bautismo, Fidel. Es una cuestión práctica para no confundirlo con su hermano Raúl. Y otra: algunas palabras clave retornan a lo largo de todo el texto: no son repeticiones, sino subrayados, boyas para orientarse en el viaje. Finalmente, aquí y allá el lector se encontrará con anotaciones cáusticas o veladas ironías: no se lo tome a mal, pero con Fidel, notará, es imposible resistirse a la tentación.

## I. El español

Fidel Castro nació en Birán: Cuba, Oriente, campo. Era el 13 de agosto de 1926. Hoy su casa natal es un museo: bienvenidos a este lugar «histórico y sagrado», dicen las guías, donde nació el «hijo de una mujer muy pobre» y «un padre español también él pobre». La gruta de Betlem. Sobre su infancia hay datos ciertos y otros menos. Se sabe que era el tercero de siete hermanos y que el padre era un campesino gallego que devino gran terrateniente. Y que antes de conocer a la madre de Fidel había estado casado y había tenido dos hijos. El resto es objeto de controversias: cuándo llegó el padre a Cuba, cómo conoció a la madre, qué métodos empleó para enriquecerse, qué carácter tenía. Tanto da. Lo que importa es lo que plasmó al pequeño Fidel: la campiña, asociada al padre; la religión, a la madre: el Oriente, la Cuba más tradicional y atrasada.<sup>1</sup>

### **1. El hijo**

«Tuve la suerte de ser hijo y no nieto de un terrateniente», confesó Fidel. Así evitó crecer «entre niños ricos de un barrio elegante»; si lo hubiera hecho nunca se habría hecho comunista, dijo. El campo es entonces el cofre de valores que proyectó a Fidel hacia el comunismo; la ciudad, el lugar donde esos valores se corrompen. De allí el odio que nutrió por ella y por la burguesía. Marx aborrecía la «idiotez de la vida rural», pero Fidel la amaba como trinchera de antiguas virtudes cristianas.<sup>2</sup>

El campo era el fondo sobre el cual se recortaba la figura del padre, Ángel, de edad ya avanzada cuando nació. ¿Quién sabe cómo era? Fidel lo describió primero como un rico propietario que explotaba a los trabajadores y evadía los impuestos; ya anciano ajustó el tiro: era un «inmigrante

de origen gallego y familia de campesinos pobres, casi analfabeto»<sup>3</sup>, que «hablaba con cualquiera que le preguntara algo». Cerró así el círculo: entre sí y el padre, el Oriente cubano y la Galicia de los ancestros, el comunismo y la pobreza de los orígenes. En las humildes raíces del padre estaban los anticuerpos contra la fuerza corruptora del dinero y le debía gratitud.

La impronta hispánica del padre le quedó calcada encima: rudeza, austeridad, autoritarismo. La Cuba afroamericana, en cambio, le era extraña: música, danza, sensualidad no eran cosa suya. Fidel era el más gallego de los cubanos. Su visita al pueblo del padre en 1992 se transmutó así en viaje del corazón. Castro es ejemplo de hispanidad, sentenció Manuel Fraga Iribarne, el exministro de Franco.<sup>4</sup>

También Lina Ruz, la madre de Fidel, era del campo, pobre y analfabeta. Además de tener un fuerte temple y capacidad de gestión, se distinguía por su religiosidad: rezaba y hacía rezar a los hijos cada día. Era ella quien cuidaba la vida religiosa de la finca. Por otra parte, precisó Fidel, «vengo de una nación religiosa» donde católico es el fundamento de la moral social y católico el sistema de valores que se absorbe en la escuela y la familia.<sup>5</sup>

Dados el ambiente y la época, no asombra que el matrimonio tardío de los padres, cuando ya tenían siete hijos, expusiera a Fidel a situaciones embarazosas y tensiones. Ni que en torno a su bautismo, que sucedió a los nueve años, reine el misterio; el retraso debió quemarle, pues recordó siempre que los compañeros de escuela se burlaban llamándolo «judío». La explicación más plausible es que Fidel no podía ser bautizado hasta que el padre estuviera casado con su primera esposa. Esto lo transformaba en un hijo ilegítimo, un estatus doloroso en aquel mundo. Curioso: como Eva Perón, con quien Fidel comparte el potente deseo de redención. Queda el hecho que fue víctima de un principio clave de la cristiandad hispánica: la pureza de raza, la fusión entre fe y nación. Se vengará blandiéndola a su manera.<sup>6</sup>

## 2. Oriente

Santiago de Cuba es a La Habana como la provincia a la metrópolis. El Oriente fue el primer filtro entre él y el mundo y forjó su universo moral. ¿Qué vio en ello? Siguiendo a Fidel, era pobre pero igualitario: los niños haitianos que correteaban semidesnudos por la finca del padre no lo lla-

maban «judío» ni él se daba aires por ser hijo del dueño. Tanta pureza era sin embargo amenazada por el vicio: los trabajadores se jugaban el salario apostando en riñas de gallos. Y por los poderosos: los dirigentes de la United Fruit Company vivían en lujosas residencias. ¿Por qué no deducir que pecado y modernidad coincidían?<sup>7</sup>

Movido por ansia moral más que por espíritu analítico, Fidel lo dedujo: en Oriente, como en todas partes, el mal asediaba al bien. Siempre vio al mundo a través de tal sistema maniqueo, una visión ético-religiosa. El Oriente era su cuna ideal: allí reinaba la *cubanía*, vago sentimiento cuyo trazo clave era el «todo o nada», el «patria o muerte» que Fidel erigirá en karma. Sus recuerdos evocan escenarios apocalípticos: el «mar de pobreza», hombres sin techo ni instrucción que mendigaban un trabajo al padre. Un tercio de los niños moría de enfermedades varias, dijo. Incluso los hijos de los burgueses sufrían el hambre. ¿Era así? En parte sí, en parte no. Pero Fidel empleó el termómetro de su infancia en la más atrasada campaña cubana para medir la entera realidad de la isla. Describir el apocalipsis sirvió para justificar la redención, que durante toda la vida llamó Revolución.<sup>8</sup>

### 3. Escuela y Dolores

Los primeros pasos de Fidel en la escuela fueron traumáticos. Era pequeño y fue duro dejar la casa y los padres para marchar a Santiago. La pareja que lo hospedó era poco afectuosa y venal, explicó. Se sentía a disgusto, era un campesino en la ciudad: lo describió como un *via crucis* de hambre y soledad. Algo lo turbó, visto que las hermanas mayores no se lamentaron. Es el primer indicio de un arma que Fidel usó en abundancia: el victimismo; actuar como víctima para obtener reparaciones, usar la vulnerabilidad como fuerza. «Desde que era muy pequeño sufrí injusticias y prejuicios», recordaba ochenta años después.<sup>9</sup>

Con los vástagos de la burguesía oriental, con los que se cruzó en el Colegio La Salle, fue odio a primera vista: a las burlas reaccionó con violencia. Maduró un espíritu de competencia fuera de lo común: Fidel sólo quiere vencer, dirá Gabriel García Márquez; la derrota era un golpe moral insostenible. Y sed de venganza: vengativo fue toda la vida. Se rebelaba al sufrimiento causado por un mundo extraño que lo rechazaba. En los años de La Salle

se templó su carácter, su sensibilidad se exasperó; transmutó la exclusión en desafío, revancha, choque. A aquel mundo comenzó a oponer, idealizado, el de los niños pobres entre los que había crecido. Inició entonces la transformación del sufrimiento individual en misión social, le gustó pensar como adulto. Hasta que el padre pensó en poner fin a sus riñas con compañeros y maestros llevándolo de nuevo a casa. Fidel explotó: ¡era la víctima, no el culpable! Amenazó con incendiar la casa paterna y ganó: volvió a Santiago, esta vez al prestigioso colegio jesuita de Dolores. Era 1938.<sup>10</sup>

Con los jesuitas entró en el colegio y ellos se volvieron su familia; a Birán iba sólo en verano. Pero atención: como Norberto Fuentes hace decir a su Fidel imaginario, «mis biógrafos pretenden descubrir las razones de la revolución en mi infancia». Por ahora tenemos sólo un niño despierto, emotivo, inestable, que durante doce años creció con historia sacra, catequismo, misa cotidiana, ejercicios espirituales.<sup>11</sup>

#### 4. Jesuita

Desde entonces, la vida de Fidel fue escandida por los tiempos de la vida religiosa de aquellos jesuitas españoles. Convento y cuartel, disciplina militar y rigor moral: así era aquel mundo austero, severo, masculino. Se halló a gusto: por tradición, espíritu y organización militar, notó, los jesuitas están en sintonía con el carácter español. Lo opuesto del mundo de sus compañeros: ricos, burgueses, refinados. Era suficiente. Siempre fue fiel a las virtudes del sacerdote-guerrero que aprendió de ellos, al culto de la cruz y la espada: espíritu de sacrificio, coraje, perseverancia, sentido del honor fueron brújulas de su vida. Eran fascistas, tronó más de una vez. Dejaron en él una marca indeleble: para él, como para ellos, la historia era una cadena de pecado, culpa, castigo, expiación, renacimiento. Eran dogmáticos, dijo, pero estaba feliz de haber estudiado con los jesuitas; como ellos, erigirá en dogma su fe.<sup>12</sup>

La mente se me abrió, dice el Fidel de Fuentes, al descubrir el celo misionario de los jesuitas. «Dios existe, por lo tanto obedezco», decían: ¡él también era un buscador de lo absoluto! De ellos, el verdadero Fidel aprendió la potencia del martirio, la indiferencia hacia los bienes materiales. Los jesuitas eran modelos: el espíritu los guiaba, el desinterés era



su misión educativa, todas virtudes que depositó en el revolucionario. No era un estudiante excelso, pero devoraba y memorizaba libros; no amaba lavarse ni se preocupaba por la estética: marcaba así la distancia respecto a los muchachos burgueses. Se construyó un halo hierático: nada de bromas ni frases audaces; era púdico, moralista. Raúl era su sombra. Una cosa impactó a todos: la escuela parecía suya; decidía, establecía, ordenaba. Había nacido para comandar y lo hacía él solo.<sup>13</sup>

En 1942, Fidel entró en el colegio de Belén, en La Habana: jesuita y exclusivo como el Dolores. Su padre podía permitirselo. Era un jesuita en potencia, pero para todos seguía siendo un guajiro, un campesino oriental. Padre Llorente lo recordó raptado por el espíritu de la Compañía: la vez que cayó a un río, Fidel se zambulló para salvarlo y pretendió que todos agradecieran a Dios el milagro. Se sentía un instrumento de la bondad de Dios y así continuó sintiéndose: «Usted sabrá que hubo un Fidel santo antes que yo», confiará. Estos rasgos no sustituyeron sino que se sumaron a aquellos de la infancia: los compañeros lo recordaban competitivo, dominante, violento; un líder más temido que amado, con una *gang* pero pocos amigos. Su rendimiento escolar mejoró, y cuando se diplomó en 1945, los religiosos lo alabaron: era un óptimo miembro de la congregación, escribieron. No erraba quien, años después, notó: Fidel es antes que nada jesuita, después revolucionario, finalmente marxista.<sup>14</sup>

## 5. Guerra y muerte

El joven Fidel estaba fascinado por la guerra: siguió las de Etiopía y España, la guerra mundial. Se enamoró de los espartanos, tan rudos y austeros. La historia sacra era una mina, el Antiguo Testamento está lleno de guerras, recordaba: mi pasión por las artes militares nació de las lecturas bíblicas. Amar y usar las armas fue natural: en la tierra de su padre cazaba y andaba armado. Y admiraba a los *condottieri*: sea los héroes del pasado, Napoleón, Aníbal, Alejandro Magno; sea los enemigos de la civilización burguesa, que adorando al Becerro de Oro demolía el orden moral cristiano. Compañeros y religiosos lo recuerdan citando a José Antonio Primo de Rivera y Benito Mussolini, circular con el *Mein Kampf*. Se ejercitaba en el arte de la oratoria: soldado, religioso y predicador.<sup>15</sup>

También el deporte era una guerra: la victoria, la única opción; la derrota, una humillación. Nada debía rasguñar el honor del combatiente, la pureza del héroe, la santidad del mártir, la virilidad del macho. Sucedió que reaccionaba a una derrota entrando en el aula con una pistola o lanzando el bate de béisbol contra un adversario. Cuando el equipo de baloncesto del colegio desafió a una escuela protestante, Fidel se batió como un león: a cada enceste se persignaba, recuerda padre Llorente, como si luchara contra el hereje. También en las excursiones quería ser el primero. De tal tensión emotiva pagaron la cuenta algunos animalitos: seccionaba lagartijas y se vanagloriaba. El vicio le quedó: ¿violencia reprimida? Fe, guerra, victoria, sacrificio: no maravilla que Fidel estuviera obsesionado por la muerte. Cada acto o discurso tuvo esa marca: la muerte heroica del mártir, la muerte del enemigo infiel eran el premio de la política. Para él siguió siendo una costilla de la religión, la arena del conflicto entre salvación y dañación. Puesto que vivió noventa años, se puede decir que el instinto de muerte prolongó su vida mientras caían a su alrededor amigos y enemigos.<sup>16</sup>

## 6. *Yankee* no

El odio de Fidel hacia los Estados Unidos viene de lejos. ¿Será que en ellos, tan potentes, veía al padre que arrancaba a la débil madre Cuba y la tomaba para sí? Hay quien lo sostiene: humillarlos se tornó el medio para vengarse de los sufrimientos de la infancia. Quién sabe. Ciertamente hay otras razones. Alguien lo recordó celebrar en los sitios donde el ejército español había frenado la ofensiva estadounidense en 1898. ¿Quería vengar a su padre, que allí militó? Más tangible es el fastidio hacia los raros yanquis que poblaron su juventud: los empleados de la United Fruit, figuras del mundo burgués que lo excluía. Muchos años después los acusaba de haber quemado los bosques de maderas valiosas que habían servido para construir el Escorial: oponía así el templo de la monarquía católica hispánica a la avidez estadounidense, todo un símbolo. Pero el odio estaba mezclado con algo más: competencia, como siempre, y ansia de consideración. Así se explica la curiosa carta que envió al presidente Roosevelt cuando tenía apenas doce años.<sup>17</sup>

Pero las raíces del odio hay que buscarlas más hondo. Todo, en su mundo, era extraño y hostil al *ethos* liberal estadounidense: la ética campesina del padre, la religiosidad de la madre, la furia antiliberal de los jesuitas. En la campaña oriental en la que creció había pocos vestigios de la brillante modernidad de los Estados Unidos que fascinaba a los habaneros. En esto, la historia de Fidel es típica del nacionalismo latino que en aquellos años creció impetuoso evocando las raíces hispánicas. Tal era el esquema que absorbió de los jesuitas: el protestantismo anglosajón era egoísta, materialista, individualista; el catolicismo hispánico, altruista, espiritualista, solidario. ¿Era más pobre? Sí, pero moralmente superior. En tal clave comenzó a interpretar también al padre de la patria, José Martí. Tales eran las ideas del *Convivio* creado por el jesuita De Castro, en el cual participó: la América hispánica debía unirse contra los anglosajones, la misma idea que en breve inspiró al coronel Perón. El *Diario de la Marina*, antiguo periódico conservador, lo citó: en el colegio de Belén el joven Castro había alabado el fascismo; años después llevó consigo a la Sierra la obra de José Antonio, padre del falangismo español. Los comunistas cubanos estaban lejos: su editorial publicaba Superman y cómics estadounidenses, ídolos de los niños cubanos.<sup>18</sup>

## 7. *Politiquería*

En el léxico de Fidel es recurrente una palabra: *politiquería*. Cuando yo era niño se compraban los votos, mi padre lo hacía. La *politiquería* era política inmoral. Que así fuera en el Oriente rural es indudable: paternalismo y clientelismo eran la norma. No tan así en La Habana, en especial tras la aprobación de la Constitución de 1940: a las viejas prácticas se añadieron otras modernas y democráticas. No para Fidel: *politiquería* era y *politiquería* permanecía. Negociados, compromisos, alianzas, los rituales de la política parlamentaria y de partido eran para él inmorales; de la política tenía una idea abstracta, inmaculada.<sup>19</sup>

Durante toda su vida, Fidel describió la vida política cubana antes de su llegada con una sola tinta: todo era corrupción, en todas partes primaba el *sargento político* al servicio de los lugareños notables, los partidos estaban «dominados por oligarquías». Más que un severo crítico de la política, Fidel era su censor moral, un antipolítico. Su esquema maniqueo expresaba

la misma hostilidad hacia la política que las corrientes antiparlamentarias agitaban en otras partes. Si toda la clase política es corrupta, venal y vendida, no bastaba con enmendar. Había que expiar; nada de reformas: revolución. Moralizar fue su misión desde la juventud; para moralizar la política, acabará por eliminarla. Era obvio, como él mismo admitió, que no tuviera un mentor político: su escuela política fue la religión.<sup>20</sup>

## 8. Universidad

Fidel hablaba tanto que le aconsejaron inscribirse en Derecho. Lo hizo en septiembre de 1945. El padre lo premió: un Ford Cabrio, una joya. No es que tuviera vocación de abogado, pero era la carrera más indicada para hacer política: apenas inscrito, se presentó como candidato a las elecciones estudiantiles. Lo que todos aspiraban era guiar la FEU, la Federación de Estudiantes Universitarios. Fidel se entregó en cuerpo y alma: envió una carta a cada estudiante pidiendo su voto, lo que no era usual.<sup>21</sup>

De los años universitarios Fidel habló poco, y sus recuerdos se dan a puños con los de sus compañeros. No fui yo quien tuvo ambiciones, contó: tenerlas no era moral. Me plegué al pedido de los dirigentes de la facultad. «La inmensa mayoría de los estudiantes» me siguió. Pero la *politiquería* le cortó las alas: fui boicoteado, corrí mil peligros, la mafia gubernamental quería matarme; me arriesgué a «perder la vida a los veinte años» por mi «espíritu rebelde». Me encontré llorando en una playa, pero no me plegué: desafié a la muerte, me protegió la fuerza moral de los estudiantes, entendí que dignidad, moral y verdad jamás serán derrotadas. El joven Fidel narrado por el Fidel adulto posee los valores transmitidos por los jesuitas: desinterés, altruismo, coraje, vocación para el martirio. Víctima de los potentes, cultiva el idealismo; es David que, amado por el pueblo, combate a Goliat.<sup>22</sup>

¿Así fueron las cosas? Quién sabe: apenas llegó al poder, Fidel selló los archivos: el pasado era leyenda, no historia. ¿Usó su pistola?, le preguntaron. Es una larga historia, cortó por lo sano. Para muchos esa arma Fidel la usó, y más de una vez, cuando pensó que le serviría para escalar la cima de la FEU. Y más que el gobierno, lo que frenó su carrera fue el fanatismo: era extremista, solitario, autoritario. Una cabeza caliente, se decía, sin aliados.<sup>23</sup>

La universidad de La Habana era un lugar peligroso. Y ya que era la única en toda Cuba y allí se formaba la clase dirigente, era un berenjenal político. Lástima que se hacía política con armas en la mano. Se comprende: la dictadura de Machado y los movimientos de 1933 con su estela de frustración y violencia aún estaban frescos. Las bandas más fuertes que se disputaban el poder eran el MSR de Rolando Masferrer y la UIR de Emilio Tró. La UIR era el receptáculo de los estudiantes salidos de los colegios católicos, pero a lo que ambas aspiraban eran al poder y fondos públicos. ¿Fidel? Varios testigos lo juran: para escalar en la FEU disparó a un enemigo del presidente, miembro del MSR. La UIR se la juró y él primero huyó, luego se pasó a sus rangos vendiendo a los viejos compañeros. Desde entonces estuvo implicado en varios hechos sangrientos, pero salió indemne por falta de pruebas.<sup>24</sup>

¿Verdadero? ¿Falso? Fidel sobrevoló a los hechos y los testimonios son hostiles. Una cosa sin embargo es cierta: Fidel participó en la guerra entre bandas. La democracia cubana era frágil: él no estaba entre los interesados en mejorarla, quería redimir a Cuba. Al tiempo admitió: «obcecado con las ideas propias, me parecía que todo el que no pensaba igual que yo era un enemigo de la patria». Una monja le oyó decir: seré presidente. ¿Cómo? Con la fuerza: la violencia era el mejor medio para alcanzar el fin.<sup>25</sup>

## 9. Grau

En 1944 los cubanos eligieron presidente a Ramón Grau San Martín: pertenecía al Partido Auténtico, reformista, popular entre la clase media, promotor de la Constitución democrática de 1940. Fidel fue lapidario: era el peor, sólo le interesaba robar. Las credenciales revolucionarias de Grau, jefe de la revolución nacionalista de 1933, «confundían» a los cubanos. Fidel lo combatió de inmediato. Con sincera indignación pero involuntaria ironía, muchos decenios después le imputó no haber respetado el Estado de derecho.<sup>26</sup>

Fidel se encontró con Grau una vez, junto a otros estudiantes. Enardecido, quería tirarlo por el balcón y proclamar la revolución. Estás loco, le dijeron. Tiempo antes había propuesto asaltar un palco colmado de autoridades; tiempo después, disparar al presidente desde las ventanas de una

casa. Estaba obsesionado con la violencia redentora. Era un socialista utópico, confió: hambriento de poder, pobre de conciencia. Yo creía saber lo que había que hacer y quería hacerlo. Estos rasgos no los perdió nunca.<sup>27</sup>

Su nombre llegó a los diarios: guiaba protestas siempre más violentas; acusó de corrupción al candidato a alcalde; imputó a Grau el plan de perpetuarse en el poder: cómico, con el sino del después; encerró a un ministro en un aula. Tenía veinte años, estaba volviéndose famoso. Intuía que los medios de prensa eran la clave del éxito. Pero en el plano político falló: hizo de todo para conquistar la FEU y no lo logró: un bello revés para quien sólo sabía vencer. Desahogó la rabia hablando como jesuita: los dirigentes de la FEU eran «mercaderes» que por apoltronarse traicionaban la sangre de los mártires. Desde entonces se volvió más radical y violento. Si bien solía invocar a la muerte por la causa, buscó protección para evitarla: se la garantizó la UIR, colmada de estudiantes católicos.<sup>28</sup>

## 10. Cayo Confites

El de 1947 fue el año de Cayo Confites. En ese islote se reunieron doce mil voluntarios decididos a liberar a Santo Domingo de la tiranía de Rafael Trujillo: ¿podía faltar Fidel? La ocasión era excelente: para dejar La Habana, donde corría peligro; combatir una guerra de verdad; además era una óptima vitrina para ganarse fama de revolucionario. ¿Cómo fue? Castro repitió su versión tantas veces que creó un mito: idealista y altruista, vio su pureza destrozada contra el cinismo de los enemigos, de los que se sustrajo desafiando a la muerte. Yo era el benjamín de la tropa, refirió, pero el gobierno nos traicionó y bloqueó la expedición. Para evitar la humillante rendición, él se arrojó al agua en la noche y alcanzó la orilla nadando entre los tiburones. Al fin regresó a La Habana: «resucité», dijo, «resucité muchas veces».<sup>29</sup>

Pero Fidel dice y omite, explica y distorsiona. No dice que la expedición era financiada por el ministro al que más acusaba de corrupción, ni que el gobierno la canceló para prevenir la guerra con el país vecino: ya todos estaban al corriente. Él mismo extrajo la lección de que el secreto y la disciplina eran claves de toda insurrección. Sobre el coraje hizo bordado: quería morir como héroe pero pactó su seguridad con Masferrer; debía

hacerlo para salvarse la vida, callarlo para proteger su fama. Acerca de la intrépida nadada entre los tiburones ofreció varias versiones. Para los amigos de la época fue un *show*; huyó en una chalupa y apenas desembarcó hizo que su padre le enviara caballos.<sup>30</sup>

Como sea, Fidel guio la carga contra Grau. En los choques, la policía mató a un estudiante. Tuvo así el primer mártir con el cual caldear corazonces y agitar plazas. Pomposa pero potente, su retórica fue una fusilada: nosotros velamos a los muertos, en el Palacio beben champán. Muchos estudiantes lo siguieron mientras guiaba el funeral: asesino, le gritó a Grau. Fue entonces, en noviembre de 1947, que su foto llegó a *Bohemia*: la consagración. Había convencido a algunos compañeros de llevar a La Habana la *Demajagua*, reliquia de las guerras de independencia. El sentido era claro: custodios de esa sagrada campana, los estudiantes eran los herederos de los padres de la patria; no el gobierno de Grau, que había que derrocar. Poco importaba que fuera el presidente electo: para Fidel no había gobiernos constitucionales o no, sino gobiernos morales o inmorales, y de la moralidad, él era el juez. En la foto, Fidel arengaba a la muchedumbre desde un automóvil descubierto sobre el cual destacaba la campana. Tenía innata sensibilidad por el poder de las imágenes y de los gestos: en el tren hacia la capital, los compañeros se pasaban la campana que él, con modestia, no reclamó jamás. Fue cuando encontraron prensa y muchedumbre esperándolos que la pretendió, y ¿quién podía negársela en ese punto?<sup>31</sup>

## 11. Comunistas y ortodoxos

Por origen y evolución, el joven Fidel no estaba en sintonía con los comunistas. Cuando todavía estudiaba en Belén, había atacado una propuesta de ley de ellos, que castigaba a las escuelas privadas. La prensa del partido lo llamó «pichoncito de los jesuitas». Sobre una cosa, sin embargo, estaban más cerca de lo que imaginaban: Fidel odiaba burguesía y capitalismo como los jesuitas entre los que había crecido; el terreno estaba abonado. ¿Pero cuándo se volvió comunista? Los caminos se cruzaron en la universidad. No estaba descontado: Fidel era un privilegiado crecido entre curas franquistas y los pistoleros que frecuentaba eran rabiosos anticomunistas. Pero algún comunista quedó hechizado: carisma, radicalismo revolucio-

nario, moralismo integral eran su tarjeta de visita. Le sucedió a Alfredo Guerra y un pequeño círculo: lo introdujeron a los clásicos del marxismo.<sup>32</sup>

Fueron una revelación, antecámara de la conversión. Pero era lógico que los filtrara a través de los valores y las ideas católicas adquiridas. Por como era y por la revancha que cobijaba, sintió por ellos un interés más práctico que intelectual. De todos modos no se aproximó al PSP, el partido comunista cubano: la disciplina de un partido no se conjugaba con su vehemencia milenarista, y para los del PSP seguía siendo un gánster poco confiable. Sin embargo, nuevos temas de carácter social comenzaron a aparearse a su caballo de batalla: la corrupción. ¿No confirmaban la decadencia moral de la élite? Con el PSP al que se adhirió Raúl, Fidel fue desconfiado. Admiraba la fe y la organización; abundan leyendas sobre el encuentro con Fabio Grobart, un polaco enviado a Cuba por el Comintern en los años 20. Pero él se imaginaba jefe de una Iglesia, no devoto de una Iglesia ajena. Como lo confió: sería comunista si pudiera ser Stalin. Sobre todo, como joven crecido en un ambiente católico y rural, comprendía que llamarse comunista desafiaba el sentido común, exponía a la impopularidad. No por casualidad los comunistas latinoamericanos eran en todas partes huérfanos de pueblo. Mejor quedarse lejos.<sup>33</sup>

En cambio, Fidel se adhirió de inmediato al Partido Ortodoxo, fundado en mayo de 1947: ambicionaba moralizar a Cuba combatiendo fechorías y *politiquería*, música para él. La adhesión a un partido no expresaba en todo caso confianza en el sistema democrático: era la ganzúa para socavarlo. Adoraba al líder, Eddy Chibás, vehemente orador, conocido censor radiofónico de la corrupción política: honor contra dinero, decía. Pero no era un amor correspondido: a Chibás, anticomunista hostil a la violencia, no le gustaba ese joven pendenciero y ambicioso. Ello no inhibió a Fidel: intentó llevar a la juventud del partido hacia la insurrección; como él, esos jóvenes venían de los colegios católicos y de la UIR.<sup>34</sup>

## 12. Martí

En la universidad Fidel descubrió las mujeres, el amor, el sexo. Los primeros pasos, parece, fueron inciertos; quizá por ello se mostraba viril exhibiendo, según la costumbre difundida en Cuba, desprecio por los homosexuales.



En tanto, el joven jesuita devenía marxista sin dejar de ser jesuita. Figura clave de tal pasaje fue José Martí, por antonomasia el padre de la patria. Podía citar largos párrafos de memoria. ¿Por qué él? ¿Que su adoración compensara el dolor por la «invisibilidad» a los ojos del padre? Puede ser. Pero más relevante es que a través de Martí cubanizó su bagaje hispánico. ¡El Apóstol, como Martí era llamado, había dado la vida para emancipar a Cuba de España! No sólo encarnaba los valores que los jesuitas le habían transmitido: desinterés, fe, martirio; además los ponía al servicio de la patria. Causa a la cual Fidel se avocó, como buen hijo de inmigrante que se integraba en la patria de adopción madurando un nacionalismo exacerbado. Gracias a Martí, cubanizó el odio por los Estados Unidos: de legado hispánico, devino expresión de nacionalismo cubano. ¿Acaso Martí no les había imputado amenazar el espíritu de los pueblos latinos? ¿No había escrito que era mejor «morir de pie que vivir de rodillas»? Tal romanticismo redentor inflamaba a Fidel, que lo adoptó como su Biblia.<sup>35</sup>

No es raro que Fidel llenara la barrica del nacionalismo cubano con el vino añejado en aquella de la cristiandad hispánica: las naciones tienen mártires y héroes, «forman una especie de religión», observó. Fue un pasaje que completó la «revelación» marxista, como él la definió. No quedaba más que crear un Martí marxista: fue lo que hizo. El viaje del falangismo de los años 30 al comunismo de los 50 fue común a muchos católicos latinos; el enemigo era el mismo: el liberalismo laico. Y similares eran las bases éticas cristianas. Stalin y Cristo tronaban sobre las paredes de mi casa, recordó Guillermo Cabrera Infante. El comunismo evocaba una cristiandad secular. Con el tiempo, Fidel comprendió el sentido de tal viaje: halló en Martí «un contenido ético cristiano», el mismo del Nuevo Testamento. Siguiéndolo, se llegaba al socialismo. Martí unía Cristo a Marx y ambos a Fidel: también nosotros queremos multiplicar panes y peces, pagar salarios iguales a todos, echar a los mercaderes del templo. Era una forzada que su visión providencial de la historia hallaba natural.<sup>36</sup>

### 13. Bogotá

A fines de 1947, el balance de Fidel era deprimente. La FEU era un espejismo, Trujillo seguía en el poder y Grau también; sus estudios iban mal, no

había hecho exámenes y no se inscribió en el tercer año: perdió el estatus de estudiante. Junto con la popularidad habían crecido los enemigos: mejor recuperar el aliento, volver a Birán. El padre estalló: ¿qué quería hacer cuando fuera mayor?, ¿estudiar en Harvard? Lo habría ayudado en tanto se decidiera. Nada: Fidel regresó a La Habana, donde en 1948 comenzó con la explosión: fue asesinado Manolo Castro, el peor enemigo, y todos pensaron que había sido él. Parece que fue el autor intelectual y no material, pero ya que el muerto era un pescado grande, la fama de Fidel creció. Y con la fama, los riesgos: los compañeros de Manolo querían vengarlo. Cuando se presentó la ocasión de abandonar el país, tomó la pelota al vuelo.<sup>37</sup>

Sin embargo, el viaje de Fidel a Bogotá no fue casual. Por La Habana había pasado un emisario del gobierno argentino con la maleta llena de promesas y de obsequios: su país quería formar un frente panlatino y católico contra los Estados Unidos liberales y protestantes. Fidel había hablado a la delegación argentina en nombre de la UIR, cuna de los católicos: tan vehemente fue su antiimperialismo que agradó a los comunistas. Dado que en abril de 1948 se fundaba en Colombia la Organización de los Estados Americanos, Juan Perón quería crear desorden. Contactó así con la FEU y la FEU con Fidel, a quien le pareció un sueño poder cruzar espadas con los Estados Unidos. Las ideas de Perón no eran un problema: católico, hispanista, antiliberal como él. Así se organizó, en paralelo a la cumbre, una protesta estudiantil. La pagó Perón.<sup>38</sup>

En Bogotá, Fidel se metió en problemas: lanzó panfletos sobre las cabezas de las autoridades en un teatro. Propaganda panlatina, peronista. Lo arrestaron. Años después aún estaba indignado: arrojar panfletos no es un crimen en ninguna parte; ¡en Cuba ya gobernaba él y cuidado con intentarlo! En ese momento estalló el Bogotazo. En Colombia brillaba el astro de Jorge Eliécer Gaitán: emulaba a Perón, tenía ideas afines a Fidel, era el hombre que habría de redimir a las masas desheredadas. Fidel se encontró con él y lo habría vuelto a encontrar si no lo hubieran matado en una esquina callejera. Una revuelta espontánea puso a la ciudad durante dos días a hierro y fuego. Una tragedia sobre cuyos culpables nunca se hizo luz. Salvo para Fidel, que siempre culpó a «la oligarquía colombiana».<sup>39</sup>

Muchas veces volvió sobre lo que hizo en Bogotá: vi explotar la ciudad «y me enrolé con el pueblo», dijo; su pueblo era todo el pueblo, el pueblo de Dios. Pero aquel pueblo no tenía un guía, «parecían hormigas» con ne-

veras o pianos sobre las espaldas, lo destruyeron todo. Era lógico deducir que el pueblo necesitaba de un líder y de fe, tal fue la enseñanza que extrajo. Primero me armé, contó. Luego combatí hasta el final. Traté de convencer a la policía local que respetara a los enemigos. Una duda lo aquejó: pensó en su familia, «habría muerto allí, ignoto». Pero valía la pena: aquel pueblo era como el mío, su causa era justa; decidí «sacrificarme»; no busqué pretextos, me salvé «por pura casualidad». Hasta que volvió la paz y todos aplaudieron al «cubano», es decir, a él.<sup>40</sup>

Altruismo, desinterés, coraje, generosidad, desprecio de la muerte: así Fidel se retrataba, a costas de contradecirse más de una vez; quería elevarse a modelo de santidad cristiana: era el sacerdote que redimía al pueblo, el soldado que lo liberaba de la esclavitud. Había que acostumbrarse: la relación de Fidel con el pasado no es inocente. Deseaba una imagen coherente con sus preceptos morales, que la historia lo recordara por aquello que habría querido ser más que por lo que había sido. Pero sobre aquellos hechos existen versiones menos indulgentes: hay quien recuerda el ansia por ponerse en muestra, por incrementar la violencia, por guiar el asalto al palacio presidencial; hay quien ironiza sobre su coraje: se refugió en la embajada y fue salvado por funcionarios del Estado que denigraba. Alfredo Guevara nutría dudas: Fidel era un aventurero.<sup>41</sup>

#### 14. Prío

El 13 de junio de 1948 fue elegido Carlos Prío Socarrás. El Partido Ortodoxo fue derrotado. Fidel había hecho campaña en el Oriente: mi discurso en Santiago, exageró, fue el más grande en la historia de la ciudad. Profetizó la sonora derrota de los *auténticos*: se equivocó mucho. Prío era *auténtico* como Grau y de inmediato fue objeto de su odio. Gran parte de los cubanos no veía las cosas como él: la economía crecía, el gobierno era popular. Fue un régimen cruel y antiobrero, repetiría luego: pero si es indudable que se manchó de escándalos, la violencia que afligió al país fue culpa de muchos, Fidel incluido. Era un gobierno constitucional que garantizó las libertades civiles de las cuales Fidel usufructuó en abundancia.<sup>42</sup>

Las elecciones cubanas no eran las más transparentes del mundo; ni tampoco las más corruptas, en especial en los centros urbanos, donde la

opinión pública era instruida, las instituciones representativas, la prensa pluralista. Para Fidel era *politiquería* y basta: se tornó aún más agresivo. ¡Prío protegía a las bandas asesinas! Evocó a Émile Zola: ¡yo acuso! Era siempre vida o muerte: estoy pronto a pagar el precio de acusar al presidente por «nuestra tragedia nacional». No pagó ningún precio: publicaba sus acusaciones en la prensa. ¿El gobierno protegía a la bandas? Fidel era parte de ellas. La democracia era una cáscara de nuez entre las olas. En aquella época había adquirido «constancia, tenacidad y también astucia» revolucionaria, recordó. ¿Qué quería decir? Que un fin elevado justifica cualquier medio: violencia, disimulo. Su lucha invocaba democracia y Constitución, jamás el socialismo: asustaba demasiado.<sup>43</sup>

## 15. Batista

Fidel era niño cuando Fulgencio Batista tomó por primera vez el poder, en 1933. Militar profesional, también Batista era oriental, pero provenía de una familia humilde: era mulato. Sargento nacionalista, anticipó temas caros a Fidel: quiero emancipar a Cuba del estado colonial, juró. Adoptó reformas económicas y sociales reivindicadas por la breve revolución popular de aquel año.<sup>44</sup>

Cuando tenía catorce años, a Fidel le pidieron que se adhiriera al movimiento político de Batista. Se lo propuso Rafael Díaz-Balart, miembro de una familia influyente. Somos todos orientales, le dijo. No alcanzó. Batista era entonces candidato de un frente popular al cual se adherían los comunistas: «celoso protector de la libertad patria», escribía su periódico, es «ídolo del pueblo». No terminó así: Mirta, con la que Fidel se casó en 1948, era hermana de Rafael, su amigo. Batista les regaló mil dólares: qué burla, pensando en el futuro. Ella lo impuso a su padre, que se había hecho una pésima idea de él; las nupcias se realizaron como su estatus exigía. La ruptura definitiva de Fidel con Batista aún no se había consumado: los unía el odio por los *auténticos*. Pero a medida que Fidel descubrió el marxismo y se adhirió a la cruzada moral de los *ortodoxos*, su vida y la de Rafael se dividieron: las alabanzas del cuñado para que sostuviera a Batista no surtieron efecto.<sup>45</sup>

## 16. Causa y familia

¿Hay espacio para la familia en la vida de un hombre devoto de una causa sagrada, convencido de tener una misión? ¿Tienen mujer e hijos los redentores? Los sacerdotes católicos, no. Fidel cultivaba siempre, menos a la familia. Era austero. Lo mantenía su padre. Eran preguntas que estaban en el aire cuando, en 1948, se casó con Mirta: en la iglesia, en Banes, feudo de los batistianos a los que estaba ligada la familia de ella. La fiesta fue en Club Americano, con la élite local. El viejo Ángel no concurrió, pero fue generoso: le dio un jugoso cheque. Quién sabe si Fidel no sentaría cabeza. ¡Acababan de imputarle otro homicidio! Los novios se fueron de luna de miel: en Miami compraron un Lincoln y remontaron la costa hasta Nueva York, donde se quedaron tres meses. Fidel pensó en quedarse a estudiar.<sup>46</sup>

De los Estados Unidos, recordó, le había impactado la segregación racial en Florida. Nada más. A un amigo le confió, sin embargo, también el *shock* cuando vio parejas que se besaban en los prados de Princeton: su sentido del pudor no lo toleraba. Por un lado, los Estados Unidos le parecieron demasiado desiguales, y por otro, demasiado libres. La verdad es que sobre ellos ya tenía una idea formada: no le importaba entenderlos, notó Mirta, sino juzgarlos. Estaba en el vientre del monstruo descrito por Martí: Cuba era la víctima. Siempre lo vio así: vio lo que ya pensaba. A su regreso parecía otro, en particular cuando nació Fidelito en octubre de 1949. Se lanzó a los estudios para concluir la carrera: inteligente y tenaz como era, lo logró en modo brillante; luego abrió un estudio legal con dos socios. Un redentor nato ¿podía entonces hacer una vida normal? ¿Mujer, hijo, trabajo? Duró poco, casi nada. La sirena política lo tentaba, el deber lo llamaba: «las cosas se precipitaban», había necesidad de él.<sup>47</sup>

La familia vivía en un pequeño apartamento en alquiler. El mayor problema fue enseguida la peculiar relación de Fidel con el dinero: estaba tan acostumbrado a ser mantenido por su padre que no había madurado el sentido de su valor. Lo necesitaba como cualquiera, pero sentía por él desprecio moral. Podía permitirselo. Cuando el padre, irritado, cerraba la bolsa, lo pedía prestado. No siempre lo devolvía. El estudio legal nunca fue un verdadero trabajo ni produjo ningún rédito. Fue un instrumento al servicio de su misión. Pronto Mirta constató que Fidel no podía renunciar a la vocación: a la vida, prefería la historia; a las personas, el pueblo; a la fa-

milia, la humanidad. De ahí los litigios: debía presentarse candidato por el Partido Ortodoxo; un día habría tenido el poder, repetía. Acabó teniendo más tiempo y dinero para la causa que para su mujer e hijo. Peor: dado que Mirta venía del mundo al que combatía, le prohibía pedir la ayuda que él no le aseguraba. ¿Qué habría sido de su honor de revolucionario?<sup>48</sup>

La armonía de la pareja se quebró: Mirta tenía dificultad para alimentar a Fidelito. Fidel tenía otras cosas que hacer; sus hermanas lo suplían. Tuvo un hijo fuera del matrimonio: el primero de una serie; con los profilácticos tenía problemas. Lo reconoció; luego pidió a las mujeres de la familia que se ocuparan de él. Años más tarde contó que ya no dependía más de su padre: estaba casado y no habría sido admisible. Pero ajustaba el pasado para hacerlo coherente con su universo moral. Más sincero, admitió que habría podido obtener una beca y tener así un rédito, pero la historia lo llamaba. Mirta recordó el trajinar de personas, incluidos militantes comunistas, que llenaban su departamento.<sup>49</sup>

## 17. Subversión

El nuevo Fidel era más reflexivo pero no menos violento que el viejo. La violencia era el instrumento predilecto: violentas fueron las protestas contra el eventual envío de tropas a Corea, por el aumento de la tarifa de los autobuses, porque unos *marines* borrachos habían orinado sobre la estatua de José Martí. Pero ahora tenía una estrategia. Antes que nada, intentó reconstruir su virginidad liberándose de la fama de pistolero. Lo hizo denunciando el pacto de Prío con las bandas armadas: paz a cambio de cargos. Luego desposó la campaña de moralización lanzada por Chibás. Finalmente siguió socavando el orden constitucional en cuyo seno actuaba, intentando empujar hacia la acción subversiva a la FEU y la juventud *ortodoxa*. No sorprende que su nombre fuera acoplado a cada crimen político.<sup>50</sup>

De tal estrategia era parte clave su asidua presencia en la radio y en la prensa. Aquí y allá se intuían las frescas lecturas marxistas, pero su prédica estaba tan impregnada de moralismo católico que no generaba sospechas. Aunque movilizara a jóvenes comunistas y *ortodoxos*, su radicalismo era el típico del nacionalismo hispanizante. Pero éxitos no hubo. Al contrario: hizo públicos los nombres de los pistoleros asumidos por el gobierno, ga-

nándose las loas de la prensa; pero se expuso a la venganza de los amigos de otros tiempos, decididos a hacerle pagar la delación. Las cosas se pusieron tan mal que huyó a Nueva York durante tres meses, sobre los cuales calló siempre. Mirta, en tanto, tuvo que pedir ayuda a su hermano.<sup>51</sup>

Fidel decía que habría sido presidente, pero sus tentativas de acceder a cargos electivos relevantes habían naufragado. Apenas pudo, lo reintentó: en junio de 1950 había elecciones legislativas: ¿el partido lo habría propuesto como candidato? Luego estaban las elecciones universitarias: para poder participar se inscribió en Ciencias Sociales. El retorno al campo de juego fue digno de su fama: se unió a los obreros contra la mecanización de la fábrica de fósforos; usó el estudio legal, el único trabajo jamás hecho, para defender familias pobres desalojadas. Se lo imponía su sentido de justicia y la cruzada contra Prío!<sup>52</sup>

## 18. Chibás

La vía electoral no era para Fidel: los *ortodoxos* no lo postularon, en la universidad fue derrotado. Peor: triunfaron los *auténticos*. No creía en las elecciones y *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* de Marx lo convenció aún más. Pero eran el trampolín mientras hubiera democracia, por lo tanto daba codazos para hacerse un lugar cerca de Chibás, cuya estrella estaba en ascenso. Mientras tanto, soplaba sobre el fuego de la subversión: las urnas no debían ser la tumba de la redención. En Cienfuegos intentó guiar el asalto al palacio municipal y terminó arrestado. Puso así a prueba la fuerza del victimismo: en el proceso se defendió a sí mismo y se proclamó víctima del gobierno. No importaba que hubiera sido un fiasco, que los estudiantes no lo siguieran y que en su cuerpo no hubiera rastros de los golpes que denunció: intuía que las emociones pueden más que los hechos, las percepciones más que la realidad, que una derrota bien gestionada puede transmutarse en victoria. Para hacer triunfar a mi verdad, confió, estoy dispuesto a hacerme romper la cabeza. Le bastó con hacerse amigo del director de *Alerta*, el primer diario que le abrió las puertas junto con un par de radios.<sup>53</sup>

Por quién latía el corazón de Fidel estaba claro: aplaudió a los «partisanos de la paz», enemigos del Occidente liberal apreciados por Moscú y por tantos católicos; imputó a Washington la guerra de Corea. Pero inten-

taba no exponerse demasiado: el Partido Ortodoxo era anticomunista, y si quería escalar la cima, ¡prudencia! Por eso no se tomó bien la adhesión de Raúl al PSP. Hasta que el 5 de agosto de 1951 un golpe de escena sacudió a Cuba: Chibás, herido en su honor por no poder probar ciertas denuncias, se disparó y agonizó varios días. Para muchos, su muerte fue el inicio del fin: bloqueó el recambio constitucional, despejó el camino a Batista antes y luego, a la revolución. Entre él y Fidel había más desconfianza que intimidad. Pero, consciente de que Cuba estaba con el aliento en suspenso, Fidel no se separó del cabezal de su lecho y de los anotadores de los periodistas.<sup>54</sup>

En el funeral intentó usar el ataúd como ariete contra el gobierno: propuso dirigir a la masa hacia el palacio presidencial, declaró. Aquella era la vía correcta para tomar el poder. El sucesor de Chibás no quiso saber nada. Fidel había leído a Lenin y a Curzio Malaparte, cultor del primer fascismo, que había escrito un célebre texto sobre la técnica del golpe de Estado.<sup>55</sup>

## 19. ¿Colonia?

Con la conversión al marxismo, el maniqueísmo espiritual de Fidel se transpuso en el social; el esquema permanecía binario, pero aplicado a actores concretos: pobres y ricos, obreros y capitalistas, Cuba e Imperio. «Partía de la nada con las simples nociones del bien y el mal». En el centro de su mundo se destacaba Cuba, cordero sacrificial pasado del dominio español al yanqui, la eterna colonia en busca de redención. ¿Era así? ¿O de una parte construía el todo? No importa: el mito triunfa siempre sobre la historia, Fidel lo había aprendido de la Biblia.<sup>56</sup>

El corazón pulsante de su narración era el azúcar: cruz y delicia de Cuba, emblema del dominio imperial. Pero el cultivo de la caña vivía grandes transformaciones. Era habitual oír que el sistema productivo debía diferenciarse. Así, el gobierno y los bancos debían comenzar a erogar más créditos a los sectores no azucareros. La imagen del yanqui dueño de las tierras se desteñía: el 71 % de los ingenios azucareros y el 56 % de la producción estaban en manos cubanas.<sup>57</sup>

La relación con los Estados Unidos en Cuba era fuente de acaloradas diatribas. ¿Era una oportunidad o una cadena? La proximidad de la mayor



potencia mundial daba impulso a la modernización; eran un reflejo de esto los indicadores sociales y económicos, que lo mostraban como el país más avanzado de la región. Pero esto agudizaba las distancias entre ciudad y campo, occidente y oriente, ricos y pobres: la distancia entre las clases se hace más profunda, notó en 1951 una misión del BIRD. El frágil sistema democrático de Cuba, ¿estaba pronto para afrontar tales desafíos?<sup>58</sup>

Eran desafíos conocidos: la cuestión social no preocupaba sólo al partido comunista o a Fidel. También los gobiernos *auténticos* eran sensibles a ello, si bien su acción reformista no bastaba. Los católicos en 1951 le dedicaron al tema una importante semana de estudios y peroraron una «solución cristiana» muy similar a aquella a la que Fidel aludía en sus escritos, no por casualidad. La Constitución de 1940 preveía la eliminación del latifundio improductivo. Fidel siempre pintó a la Cuba de esa época como un infierno, pero si lo era para algunos, a muchos otros ofrecía oportunidades. Un compañero suyo recordó después la infancia en Santa Clara: su padre había llegado pobre desde Polonia y había creado un pequeño imperio que daba trabajo a doscientas personas; vivían en un bonito barrio pacífico, era judío, nunca había sufrido discriminaciones.<sup>59</sup>

## 20. Golpe

Las elecciones presidenciales de 1952 se acercaban, las sombras sobre el futuro se hacían más densas: Prío no había logrado comprar la paz cooptando a las bandas; el *pistolero* arreciaba; la muerte de Chibás, la única alternativa popular y democrática, había abierto una vorágine; la ola democrática de posguerra en la región dejaba paso a la resaca autoritaria. Batista estaba ansioso: todo se movía a su favor.<sup>60</sup>

Para Fidel, las elecciones eran el primer paso: en el Parlamento habría luchado por un programa radical, dijo años después; «nadie habría podido impedirlo». Pero el partido lo marginaba: corría la voz de que era comunista. Su recuerdo calca el consabido esquema: idealista y puro, había comprendido que Batista tramaba el golpe; lo denunció al partido, el cual, sin embargo, vendido a las oligarquías, no lo escuchó. Profeta desoído, le tocaba a él salvar a Cuba. En realidad, el partido no lo consideraba confiable ni coherente con sus ideales. Logró de todos modos hacerse incluir

en dos distritos electorales donde los *ortodoxos* eran débiles y su elección, improbable.<sup>61</sup>

Fue entonces, mientras el anillo se cerraba en torno a la democracia cubana, que Fidel fue junto con su cuñado Rafael a visitar a Batista: el primero era torpe, no dabas nada por él, recordó Alfredo J. Sadulé, que era el brazo derecho de Batista. Ignoraba que los había borrado de la historia. Suena absurdo, pero no lo es tanto: los *ortodoxos* lo mantenían al margen, Batista lo cortejaba; los unía el sueño de derribar a Prío. Pero todo quedó en nada: ¿qué unía a un militar cínico y caráibico y a un redentor hispánico y moralista? Un testigo recuerda que Fidel husmeó en la biblioteca de Batista y preguntó: ¿cómo es posible que falte Malaparte?<sup>62</sup>

Corazón de la cruzada de Fidel contra Prío era la acusación de corrupción, extendida a toda la clase política. Se presentaba como huérfano de Chibás, en cuyas exequias hizo de todo para aparecer como su heredero. Desde la radio y en *Alerta* lanzaba vehementes acusaciones contra el gobierno. Ética y honor: sus caballos de batalla. Se improvisó investigador para revelar los tráfico del presidente: enriquecimiento, peculado, sobornos. Sentenció: «Acuso al presidente Prío de traicionar los altos intereses de la nación». Fueron truenos sobre el ya turbulento ambiente político. Más que política, su denuncia era moral: de un lado estaba la «corrupción y la miseria moral» del «régimen imperante»; del otro, el pueblo inocente y vejado. ¿Tenía pruebas? Un poco sí, un poco no. Pero su técnica era poderosa. Era perentorio: lo que afirmo «es rigurosamente exacto», escribía; ubicado el imputado en la defensiva, comenzaba la andanada de golpes: Prío ha «prostituido» su cargo, «vulnerado» las leyes y así. Al final, la estocada: «lo emplazo» a dar cuenta de los hechos; el honor de la prueba no era cosa suya en los tribunales, sino del acusado en público. Entre tanto, Fidel mostró el lujo en el que vivía Prío: *Alerta* publicó en primera plana las fotos tomadas por Fidel en su finca. ¿Había algo más inmoral que la riqueza? Condena moral y condena judicial eran una sola cosa: el Estado de derecho liberal era del todo extraño a Fidel.<sup>63</sup>

Fidel no soltó más a la presa. Prío comandaba «la peor tribu de malversadores»; reforzó la dosis: llevaba «el país a la ruina». Si prueban que miento, «callaré por el resto de mi vida»: la carta del honor impresionaba a los cubanos. Seis días antes del golpe, lanzó la bomba más potente: envió un reporte al Tribunal de Cuentas, una denuncia moral más que penal;

invocó la ley, pero también la sangre. El tono era apocalíptico: a los magistrados les pidió que pusieran fin a «ese chorro de oro que alimenta al chorro de sangre fratricida». Evocada la sangre, descrita Cuba como «una tierra de Caínes feroces», desenvainó la espada justiciera: para vengar a Chibás, hago morder el fango al régimen. No quedaba más que citar a Martí: «¡Para ti, patria, la sangre de las heridas de este mundo, y la sonrisa de los mártires al caer!». ¿Llevaba agua al molino de los golpistas? Luego Fidel dijo que en esa época estaba volviéndose marxista, pero contenido y léxico evocaban los del nacionalismo católico.<sup>64</sup>

Fue exactamente entonces, el 10 de marzo de 1952, que un golpe derrocó a Prío y a la democracia cubana. Batista se escudó con los mismos temas de Fidel: corrupción, violencia, caos. Prometió orden y honestidad. Dos preguntas se imponen. ¿Contribuyó Fidel, con su campaña, a cavar la fosa de Prío? Seguro. El golpe, del que tenía noticias, ¿era lo que deseaba? Imposible demostrarlo, pero probable. Así fuera o no, el golpe le calzó como anillo al dedo: no sólo tuvo vía libre para desplegar su furia redentora sin los estorbos de la democracia, sino que pudo hacerlo invocando su defensa. En sentido estricto, la Revolución cubana comenzó entonces.<sup>65</sup>

## Notas

<sup>1</sup> F. Betto, *Fidel Castro. La mia fede*, Turín, Paoline, 1986, p. 60; V. Botín, *Raúl Castro: la pulga que cabalgó al tigre*, Barcelona, Ariel, 2010, p. 27; J. Castro, *I miei fratelli Fidel e Raúl*, Roma, Fazi, 2010, p. 36.

<sup>2</sup> FC, 3/2/1999; FC, 22/1/2008.

<sup>3</sup> FC, 14/5/2017.

<sup>4</sup> L. Coltman, *The Real Fidel Castro*, New Haven-Londres, Yale U.P., 2003, pp. 2, 286; I. Ramonet, *Fidel Castro. Biografía a dos voces*, México, De Bolsillo, 2009, p. 36.

<sup>5</sup> J. Castro, *op. cit.*, p. 61; I. Uría, *Iglesia y Revolución en Cuba*, Madrid, Encuentro, 2011, p. 66; F. Betto, *op. cit.*, pp. 60, 101; S. Raffy, *Castro, el desleal*, Madrid, Aguilar, 2006, p. 24.

<sup>6</sup> A.L. Bardach, *Sin Fidel*, Nueva York, Vintage Español, 2012, p. 91; N. Fuentes, *The Autobiography of Fidel Castro*, Nueva York, Norton & Company, 2010, p. 49; I. Ramonet, *op. cit.*, p. 36.

<sup>7</sup> FC, 14/5/2017.

<sup>8</sup> FC, 4/3/2009; FC, 13/5/2002; FC, 1/6/2002; I. Ramonet, *op. cit.*, p. 48; A.B. Acosta, *La balada de los suicidas*, Miami, Eriginal Books, 2013, p. 39.

<sup>9</sup> J. Castro, *op. cit.*, p. 77; FC, 17/7/2008.

<sup>10</sup> S. Walker, *Fidel Castro's Childhood*, Kibworth Beauchamp, Matador, 2012, pp. 32, 91; Ramonet, *op. cit.*, p. 62; Coltman, *op. cit.*, p. 7.

<sup>11</sup> Fuentes, *op. cit.*, p. 16; Raffy, *op. cit.*, p. 599.

<sup>12</sup> Walker, *op. cit.*, pp. xi, 44; Betto, *op. cit.*, pp. 79, 101; Ramonet, *op. cit.*, p. 52; FC, 3/7/98.

<sup>13</sup> Fuentes, *op. cit.*, p. 54; Betto, *op. cit.*, pp. 90, 101; P. Symmes, *The Boys from Dolores*, Nueva York, Pantheon Books, 2007, pp. 287-289; L. Conte Agüero, *Mis memorias*, CreateSpace, Miami, 2014, p. 12.

<sup>14</sup> Bardach, *op. cit.*, p. 44; FC, 5/8/2010; Betto, *op. cit.*, pp. 60, 101; E. Ros, *Fidel Castro y el gatillo alegre*, Miami, Universal, 2003, p. 43; Symmes, *op. cit.*, p. 32; Coltman, *op. cit.*, p. 9; S. González, *The Secret Fidel Castro*, Intelibooks 2001, p. 113; Walker, *op. cit.*, pp. 67, 103; E. Guede, *Cuba. La revolución que no fue*, Miami, Eriginal Books, 2013, p. 441.

<sup>15</sup> Walker, *op. cit.*, pp. 30, 44; Ramonet, *op. cit.*, p. 48; J. Castro, *op. cit.*, p. 46; Raffy, *op. cit.*, p. 218; Betto, *op. cit.*, p. 101; A. Ammar, *Cuba Nostra*, París, Plon, 2005, p. 24.

<sup>16</sup> Coltman, *op. cit.*, p. 9; V. Skierka, *Fidel Castro*, Cambridge, Polity Press, 2004, p. 15; Symmes, *op. cit.*, 81.

<sup>17</sup> FC, 8/9/2000; 1/6/2002; 5/8/2010; Symmes, *op. cit.*, pp. 65-70; Fuentes, *op. cit.*, p. 74; J.A. Rodríguez Menier, *Cuba por dentro. El Minint*, Miami, Universal, 1994, p. 23; S. Walker, *op. cit.*, pp. 7, 58, 94; González, *op. cit.*, p. 226.

<sup>18</sup> González, *op. cit.*, p. 275, p. Ginori, *Memorias cubanas*, v. 1, Miami, Createspace, 2016, p. 42.

<sup>19</sup> C.D. Ameringer, *The Cuban Democratic Experience*, Gainesville, University Press of Florida, 2000.

<sup>20</sup> FC, 1/6/2002; Betto, *op. cit.*, p. 101.

<sup>21</sup> Guede, *op. cit.*, p. 678; Coltman, *op. cit.*, p. 18.

<sup>22</sup> FC, 5/8/2010; J. Castro, *op. cit.*, p. 79; Ros, *op. cit.*, p. 46.

<sup>23</sup> Fuentes, *op. cit.*, p. 76; Ramonet, *op. cit.*, p. 99; Raffy, *op. cit.*, p. 58.

<sup>24</sup> Conte Agüero, *op. cit.*, p. 18; Fuentes, *op. cit.*, p. 76; J. Castro, *op. cit.*, p. 82; Ros, *op. cit.*, p. 69.

<sup>25</sup> FC, 11/5/1959; C. Ameringer, *The Cuban Democratic Experience*, pp. 29-31; S. Balfour, *Fidel Castro. Una biografía política*, Barcelona, Península, 2009, p. 34.

<sup>26</sup> FC, 21/10/2002; FC, 5/8/2010.

<sup>27</sup> FC, 27/12/2007; Skierka, *op. cit.*, p. 24; B. Latell, *Castro's Secrets*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2012, p. 46.

<sup>28</sup> Coltman, *op. cit.*, pp. 22-27; Ros, *op. cit.*, p. 69.

<sup>29</sup> FC, 3/7/2008; J. Castro, *op. cit.*, p. 83; Ramonet, *op. cit.*, p. 105.

<sup>30</sup> FC, 30/3/2005; Ros, *op. cit.*, pp. 126-136; Conte Agüero, *op. cit.*, p. 29.

<sup>31</sup> Symmes, *op. cit.*, p. 197; Ameringer, *op. cit.*, pp. 51-55; M. García Díaz, *En Cuba no hay primavera*, Miami, Alexandria Library, 2014, p. 46; M. Mencía, «Fidel Castro en la revista *Bohemia*», en *Cubarte*, 8/2/2014.

<sup>32</sup> González, *op. cit.*, p. 237; Ramonet, *op. cit.*, p. 99; R. Rojas, *La máquina del olvido. Mito, historia y poder en Cuba*, Ciudad de México, Taurus, 2012, p. 139; Walker, *op. cit.*, p. 78; Fuentes, *op. cit.*, p. 107.

<sup>33</sup> Coltman, *op. cit.*, pp. 35-38.

<sup>34</sup> FC, 5/8/2010; J. Castro, *op. cit.*, p. 83; Balfour, *op. cit.*, p. 46; Ameringer, *op. cit.*, pp. 44-45; I. Ehrlich, *Eduardo Chibás: The Incurable Man of Cuban Politics*, Lanham, Rowman & Littlefield, 2017.

<sup>35</sup> FC, 27/12/2007; Walker, *op. cit.*, pp. 72, 103.

<sup>36</sup> Betto, *op. cit.*, p. 119; Ramonet, *op. cit.*, pp. 106, 162; E. Oltuski, *Vida clandestina*, Nueva York, Wiley, 2002, p. 43; A. Torreguitart Ruiz, *Caino contro Fidel, Guillermo Cabrera Infante, uno scrittore tra due isole*, trad. it., Piombino, Il Foglio, 2014, p. 62.

<sup>37</sup> Ros, *op. cit.*, p. 136; Symmes, *op. cit.*, p. 128; J. Castro, *op. cit.*, p. 85; González, *op. cit.*, p. 111; Ameringer, *op. cit.*, p. 68; Latell, *op. cit.*, p. 44; Ros, *op. cit.*, p. 137; Conte Agüero, *op. cit.*, p. 23.

<sup>38</sup> Fuentes, *op. cit.*, p. 137.

<sup>39</sup> FC, 6/11/2009.

<sup>40</sup> FC, 30/3/2005; C. Franqui, *I miei anni con Fidel*, Milán, SugarCo, 1981, p. 153.

<sup>41</sup> FC, 9/7/2008; FC, 17/7/2008; Fuentes, *op. cit.*, p. 147; Ros, *op. cit.*, p. 184.

<sup>42</sup> FC, 21/10/2002; Ameringer, *op. cit.*, p. 64; Coltman, *op. cit.*, p. 46.

<sup>43</sup> FC, 17/7/2008; Botín, *op. cit.*, p. 53.

<sup>44</sup> Balfour, *op. cit.*, p. 32; R. Whitney, *State and Revolution in Cuba*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2001; F. Argote-Freyre, *Fulgencio Batista*, Rutgers U.P., New Brunswick, 2006.

<sup>45</sup> Uría, *op. cit.*, p. 83; E. Ros, *op. cit.*, p. 234; Skierka, *op. cit.*, p. 29; S. Raffy, *op. cit.*, p. 81.

<sup>46</sup> FC, 7/7/2007; J. Castro, *op. cit.*, pp. 82-86; Ros, *op. cit.*, p. 196.

<sup>47</sup> FC, 8/9/2000; González, *op. cit.*, p. 218; Fuentes, *op. cit.*, p. 153.

<sup>48</sup> J. Castro, *op. cit.*, p. 97; Raffy, *op. cit.*, p. 86.

<sup>49</sup> J. Castro, *op. cit.*, pp. 92-100; Betto, *op. cit.*, p. 119.

<sup>50</sup> J. Lee Anderson, *Che. Una vita rivoluzionaria*, trad. it., Milán, Baldini&Castoldi, 2005, p. 237; Ameringer, *op. cit.*, p. 82.

<sup>51</sup> J.A. Blanco, R. Rojas, U. de Aragon, *El otro paredón. Asesinatos de la reputación en Cuba*, Miami, Eriginal Books, 2011, p. 52.

<sup>52</sup> Coltman, *op. cit.*, p. 51; Ros, *op. cit.*, p. 272.

<sup>53</sup> García Díaz, *op. cit.*, p. 46.

<sup>54</sup> Guede, *op. cit.*, p. 132; Conte Agüero, *op. cit.*, p. 36; Botín, *op. cit.*, p. 56.

<sup>55</sup> FC, 25/8/2007; Ameringer, *op. cit.*, p. 155; Ramonet, *op. cit.*, p. 94.

<sup>56</sup> FC, 18/5/2008.

<sup>57</sup> M. Pérez-Stable, *La revolución cubana. Orígenes, desarrollo y legado*, Madrid, Colibrí, 1998, p. 43.

<sup>58</sup> A. de la Fuente, «Race and Inequality in Cuba», en *Journal of Contemporary History*, v. 30, n° 1, 1995, pp. 131-168.

<sup>59</sup> Uría, *op. cit.*, p. 123; Oltuski, *op. cit.*, p. 9.

<sup>60</sup> Ameringer, *op. cit.*, p. 152.

<sup>61</sup> FC, 28/8/2007; Ros, *op. cit.*, p. 302.

<sup>62</sup> A. Sierra Madero *et al.*, «El 10 de marzo fue una herencia»: Entrevista al Capitán Alfredo Sadulé», en *Cuban Studies*, v. 44, 2016, pp. 367-383.

<sup>63</sup> FC, en *Alerta*, 28/1/1952; S. Díaz-Briquets, J. Pérez-López, *Corruption in Cuba. Castro and Beyond*, Austin, University Of Texas Press, 2006; Ameringer, *op. cit.*, pp. 176-178.

<sup>64</sup> FC, en *Alerta*, 11/2/1952; 4/3/1952; Guede, *op. cit.*, p. 680.

<sup>65</sup> Ramonet, *op. cit.*, p. 94.